

Fascismo y antifascismo en la guerra de España¹

LUCIANO CASALI
Universidad de Bolonia

RESUMEN.—En este artículo se examinan algunas de las múltiples relaciones, incluso dialécticas, que se establecieron entre Italia y España en torno a la Guerra Civil española. Especialmente, se destaca la intensa convergencia ideológica y práctica entre franquismo y fascismo italiano, y el peso de la guerra de España en el resquebrajamiento en Italia del consenso en torno al fascismo y el rebrote de un antifascismo decidido a la unidad de acción.

ABSTRACT.—The purpose of this article is to examine the multiple relationships, including dialectical ones, which were established between Italy and Spain during the Spanish Civil War. Special emphasis is given to the intense ideological and practical convergence between Francoism and Italian Fascism and the influence the war in Spain had on the breaking up of the Fascist consensus in Italy and the resurgence of Anti-Fascism determined to act in unity.

1. Cuando el 14 de diciembre de 1936 Emili Faldella comunicó a Francisco Franco la llegada de los primeros tres mil Camisas Negras que Italia había enviado para ayudar a la fracción del ejército español que se había sublevado contra el gobierno republicano, el futuro «Generalísimo» no pudo contener su sorpresa y su indignación. Volviéndose hacia Roberto Cantalupo, «embajador» de Mussolini ante los rebeldes, recordó que él había solicitado aviones, cañones, ayuda militar en general, pero no hombres: «Cuando se envían tropas a un país amigo, se debería al menos pedir permiso...», concluyó.

El episodio constituye la parte más relevante de la versión «oficial» interesada en documentar una mala acogida a la intervención italiana en España (versión convalidada incluso por Renzo de Felice y subrayada repetidamente por fuentes franquistas)² y demuestra con cuánta preocupación (sobre todo por parte española, aunque no sólo) se trató de poner en evidencia una completa autonomía político-militar de la aventura del *Movimiento Nacional* y de reafirmar la independencia del apoyo fascista y nazi³. Por

1. Traducción de TOMÁS PÉREZ DELGADO.

2. R. DE FELICE: *Mussolini il Duce. II. Lo Stato Totalitario, 1936-1940*, Torino, p. 385. De Felice insiste particularmente sobre tal versión, subrayando también una presunta «astucia» de Galeazzo Ciano, que trataba de conseguir la hegemonía en la Península Ibérica y «poner a Franco frente al hecho consumado», *ibid.*, p. 388.

3. Cfr. J. L. ALCOFAR NASSAES: *C.T.V. Los legionarios italianos en la Guerra Civil Española 1936-1939*, Barcelona, 1972, p. 53. Según Mario Roatta, en diciembre de 1936 Franco se hallaba particularmente preocupado: en su convicción de llegar rápidamente a conquistar la capital, temía

otra parte, no debe olvidarse cuánto se esforzó siempre la propaganda franquista en insistir que el Ejército no se había rebelado contra un gobierno legítimo: las Fuerzas Armadas se habían «limitado» a «encuadrar» un «alzamiento nacional del pueblo» contra la «legitimidad seudodemocrática de la República»⁴.

En realidad, las cosas sucedieron de modo completamente diferente.

Desde el primer momento quedó claro que las «ayudas» italianas no debían limitarse al simple envío de aquellos aviones que, de otra parte, resultaron decisivos a la hora de transferir el *Tercio Extranjero* de África al Continente europeo. Ya en septiembre de 1936 Ezio Garibaldi y Antonio Magaz (representante personal de Franco en Italia) habían discutido acerca de la posibilidad de hacer llegar a la Península Ibérica veinte mil voluntarios; el 20 de noviembre, el S.I.M.⁵ informaba del envío por Italia de cuatro batallones; el 9 de diciembre, Franco daba su consentimiento a la formación de dos brigadas mixtas ítalo-españolas. Finalmente, el telegrama 1/842, dirigido el 15 de diciembre de 1936 al sedicente «Ufficio Spagna» de Roma, confirmaba de manera explícita tales peticiones y comunicaba el final positivo de los encuentros oficiales entre una delegación italiana y el futuro «caudillo»: «General Franco agradece voluntarios»⁶. Una afirmación bien distinta de lo que la tradición propagandística habría podido atribuir a Franco.

Por otra parte, el intenso ritmo con el que los «voluntarios» italianos desembarcaron en España y su rápida inserción en el frente de los «nacionales», constituye una ulterior prueba del «agrado» de estos; un agrado que no podía ciertamente separarse de la predisposición hacia ello de aquel complejo aparato logístico que era necesario para acoger y encuadrar a las tropas italianas que llegaban. Si en diciembre de 1936 el *Corpo di Truppe Volontarie* (C.T.V.) estaba compuesto por 8.403 hombres, un mes después el contingente había crecido hasta por lo menos los 40.329 soldados, el 58.5% de los cuales estaba integrado por Camisas Negras y el resto por reclutas del ejército⁷.

Aun cuando en los meses siguientes no fuera perfecto el acuerdo entre la Comandancia del C.T.V. y Franco, no siendo raros los casos en que se manifestaron divergencias, bien sobre operaciones concretas, bien sobre las propias líneas generales de conducción de la guerra⁸, lo cierto es que no tenemos noticias de un verdadero y real disenso, o de alguna seria contraposición de carácter ideológico. Incluso, contrariamente a cuanto se

ser acusado de ocupar Madrid con un ejército de «moros» y de liberar España sólo gracias al apoyo de tropas extranjeras y de «infiel» (J. F. COVERDALE: *I fascisti italiani alla guerra di Spagna*, Roma-Bari, 1977, pp. 157-158).

4. M. VÁZQUEZ MONTALBÁN: *Los demonios familiares de Franco*, Barcelona, 1987, pp. 66-67; cfr. también las declaraciones de Franco a *ABC*, 1º de abril, 1964.

5. Servicio de Informaciones Militares, una rama de los servicios secretos.

6. I. SAZ-J. TUSELL: *Fascistas en España. La intervención italiana en la Guerra Civil a través de los telegramas de la «Missione Militare Italiana in Spagna» (15 diciembre 1936-31 marzo 1937)*, Madrid, 1981, pp. 28-29 (el texto del telegrama citado está en p. 67).

7. J. F. COVERDALE: *I fascisti italiani*, op. cit., p. 395. Es oportuno recordar que la mayoría de los componentes del C.T.V. provenía de las regiones de la Italia Septentrional (46.5%), con un máximo para Lombardía (13.6%), para el Véneto (9.9%) y para Emilia Romagna (7.7%). *Ibid.*, p. 398.

8. Cfr. I. SAZ-J. TUSELL: *Fascistas en España*, op. cit., p. 46, que subrayan también la completa «autonomía» de las tropas italianas y las divergencias entre mandos italianos y «nacionales» a propósito de la batalla de Guadalajara (pp. 59-60).

ha afirmado muchas veces por parte de quien ha sostenido la tesis de una no injerencia política de Mussolini en las opciones llevadas a cabo por Franco desde fines de 1936, los documentos que comienzan a aparecer en los archivos prueban que el «duce» envió varias veces consejos al «caudillo», quien los acogió con «buena disposición»⁹.

No son, desde luego, suficientes estas «buenas relaciones» entre dos dictadores para afirmar que la dictadura española fue un régimen «de tipo fascista», pero al mismo tiempo no pueden ser ignorados los momentos de intensa convergencia ideológica y práctica, como hace, por el contrario, quien se limita a hablar de «régimen personal», rechazando para España la definición de «variante» ibérica del fascismo¹⁰. Y sobre todo, no fue un «régimen personal» en el sentido de constituir una «organización» social y económica destinada a desaparecer completamente en el momento de la imprevisible muerte de quien había sido el jefe, real o simbólico. Como ha afirmado recientemente Andrés Márquez Tornero, el régimen franquista fue un «conglomerado de intereses», un «amplificador de privilegios» y, si se quiere «simplificar» la definición, se le puede catalogar a partir de su explícita «aversión a cualquier forma de libertad y democracia que pudiera menoscabar aquellos»¹¹; e, indudablemente, aquellos «privilegios» y aquellos «intereses» se desenvolvían bajo una óptica que veía en los «modelos» italiano y alemán un punto de referencia no casual ni de simple fachada.

No es nuestra intención en este momento profundizar en tales problemas y queremos simplemente aludir a algunos elementos del debate que se ha abierto, principalmente tras el fin de la dictadura, entre los que tienden a situar el franquismo como variante de las experiencias fascistas y los que, a su vez, propenden a definirlo más simplemente como un régimen «personal» en el que habrían hecho aparición rápida, tardía y transitoriamente, elementos de simple imitación de los fascismos europeos. Personalmente estamos convencidos de que, tanto durante la guerra civil, como a lo largo de los cuarenta años siguientes, los caracteres que distinguieron el fascismo y el nacionalismo no fueron «importados» en España de manera aleatoria o por simple imitación momentánea, sino que fueron un componente esencial y duradero, fuertemente conectados con raíces asentadas firmemente en tradiciones y culturas locales¹².

9. Sobre la «no injerencia» insisten COVERDALE (*I fascisti italiani*, op. cit., p. 267) y CANTALUPO (*Fu la Spagna. Ambasciata presso Franco. Luglio 1936-febbraio 1938*, Firenze, 1939, p. 77); sobre los «consejos» políticos y militares de Mussolini, cfr. los telegramas y fonogramas publicados en apéndice al ya citado estudio de Saz y Tusell.

10. Sobre el contenido del debate y las respectivas posiciones, séanos permitido remitir a cuanto hemos escrito en «Il fascismo di tipo spagnolo», en *Per una definizione della dittatura franchista*, Milano, 1990, pp. 7-13.

11. A. C. MÁRQUEZ TORNERO: «Un rodeo de medio siglo», en *La oposición al régimen de Franco. Estado de la cuestión y metodología de la investigación*. II, Madrid, 1990, pp. 641-642. Sobre las diversas interpretaciones ha tenido no poco peso la «tendencia a utilizar la historia como instrumento de legitimación política», según recuerdan quizá un poco demasiado rápidamente y sin hacer ningún apunte de posible ejemplificación, A. ALTED y A. MATEOS («Consideraciones en torno al carácter y significado de este Congreso», *ibid.*, p. 26).

12. En otros términos, estamos de acuerdo con quien sostiene que «la peculiaridad del fascismo español (...) trascendía a los falangistas para convertirse en un proyecto conjunto fundado en unos intereses básicos económicos y sociales que constituían la razón última de la sublevación del 18 de julio» (M. A. RUIZ CARNICER: «El aparato falangista ante la caída de los fascismos. FET-JONS en 1945», en *I Encuentro de investigadores del franquismo*, Barcelona, 1992, p. 58). Más en ge-

No es posible establecer qué habría sido de España si el *Alzamiento* hubiera triunfado de modo inmediato¹³. Sin embargo, desde el punto y hora que fue necesario «conquistar» la Península con una guerra civil y, por tanto, desde que fue preciso intentar «convencer» a una parte de la población para que se inclinase hacia los «nacionales», el modelo y la práctica fascista se adaptaban a las mil maravillas a las exigencias de quien quería impedir la continuidad de la experiencia republicana y la modernización política, económica y cultural del país¹⁴, en cuanto que eran capaces de lograr la convivencia entre los aspectos de la tradición española «imperial», de antiguo régimen, y la serie de imprescindibles adaptaciones o concesiones «reclamadas» por las nuevas necesidades de relación internacional. Mucho mejor aún se prestaban a ser aceptados a nivel europeo el modelo y la práctica fascista, por la mayoría absoluta de los países con los que la España «nacional» trataba de mantener contactos políticos y económicos. No hay que olvidar que en 1936 la victoria de Franco era deseada (si no «propiciada») no sólo por Italia y Alemania, sino también por Francia y Gran Bretaña, que preferían una expansión de los regímenes de tipo fascista antes que enfrentarse al riesgo (improbable de todo punto de vista...) que podía representar el nacimiento o la reafirmación de una República «comunista»¹⁵.

neral, cfr. *Franquisme. Sobre resistència i consens a Catalunya (1938-1959)*, Barcelona, 1990 y C. MOLINERO-P. YSÁS: *El règim franquista. Feixisme, modernització i consens*, Vic, 1992. Para una opinión contraria a un análisis comparado del franquismo y de los fascismos europeos, cfr. entre numerosos autores, E. HERNÁNDEZ SANDOICA: *Los fascismos europeos*, Madrid, 1992. Señalamos finalmente J. GIL PECHARROMÁN, que en «Cuarenta años de franquismo» (en A. RAMOS GASCÓN (ed.) *España hoy*, Madrid, 1991) afirma que son sólo los no españoles los que sostienen que el franquismo fue una variante de los fascismos europeos.

13. Si el pronunciamiento hubiera triunfado, habría estado seguido –según la visión tradicional– de una «marcha» sobre la capital: «En aquel estado centralista se creía que bastaba dominar la capital para poder hacerse cargo del poder», G. CARDONA: «Las operaciones militares», en *La guerra civil española 50 años después*, Barcelona, 1985, p. 202. De otra parte, la «vía legal al Estado corporativo», intentada por la C.E.D.A., no había triunfado en 1934-1935, para usar la expresión de P. PRESTON (*La destrucción de la democracia en España. Reforma, reacción y revolución en la Segunda República*, Madrid, 2ª ed., p. 205).

14. Quizá el de la «modernización cultural» producida entre 1931 y 1936 sea uno de los aspectos menos investigados de la República, pese a ser uno de los más interesantes: véanse, si no, las estimulantes observaciones de G. SANTONJA (*La República de los libros. El nuevo libro popular de la II República*, Barcelona, 1989). Por lo que atañe a la hostilidad del franquismo frente a cualquier apertura cultural, nos parece útil señalar el reciente testimonio de Rosa Montero, que ha recordado la costumbre de «hacer desaparecer» (es decir, destruir) los libros no «alineados» con los ideales de la «Cruzada»: «En todas las librerías de viejo había un cartel que rezaba: «Rogamos a nuestra selecta clientela que, si descubre entre nuestros libros alguno que sea ofensivo para los ideales de nuestra cruzada, nos lo comunique para hacerlo desaparecer» (R. MONTERO: «Medio siglo de vida», *El País Semanal*, 2 de abril, 1989, pp. 65-66).

15. Cfr. sobre todo J. EDWARDS: *The British Government and the Spanish Civil War 1936-1939*, London 1979, pp. 1-38; D. LITTLE: *Malevolent Neutrality. The United States, Great Britain and the Origins of the Spanish Civil War*, New York, 1958; *passim* J. F. PERTIERRA DE ROJAS: *Las relaciones Hispano-Británicas durante la Segunda República Española (1931-1936)*, Madrid, 1984, pp. 7-8. En realidad, en España no existía una situación realmente revolucionaria antes del golpe de estado de los generales: piénsese, entre otras cosas, que la República no había establecido aún relaciones diplomáticas regulares con la Unión Soviética (P. VILAR: *La guerra di Spagna 1936-1939*, Roma, 1988, pp. 50-51; D. T. CATTELL: *La diplomazia sovietica e la guerra civile spagnola*, Milano, 1963, pp. 1-2) y que el Partido Comunista de España contaba (en octubre de

2. La primera sorpresa la constituyó el fracaso del golpe de estado del 18 de julio. Un golpe de estado «clásico» en la historia de España, preparado mediante una conspiración militar que, sin embargo, no obtuvo los resultados previstos. Los generales golpistas se vieron obligados a pasar de una revuelta que debería haber triunfado gracias a un rápido «pronunciamiento», a una guerra civil de conquista que no podía ser más que de larga duración¹⁶.

Para poder llevar a cabo la guerra se hizo imprescindible inmediatamente su ideologización¹⁷, que se operó según un esquema que partía de las convicciones profundas de Franco y que se prestaba a ser fácilmente «popularizado» como «justificación» dirigida al interior del país y al extranjero:

«El judaísmo mundial y la masonería habían decidido hacer de España una república soviética. Tal plan debía llevarse a la práctica en agosto de 1936, por lo cual, bajo la dirección del general Franco el Ejército español se alzó en legítima defensa el 17 de julio de 1936. Cuando se supo en los días 18 a 20 de julio que una gran parte de España había quedado en manos del gobierno democrático-marxista, Franco inició la dura lucha, reconociendo que no sólo cabía aspirar a un cambio de gobierno, sino que era preciso dar una nueva *Weltanschauung* al pueblo español. Ya no había *atrás* posible para él, sino únicamente la lucha dura y despiadada en contra del marxismo, con el fin de levantar una España grande y libre»¹⁸.

Los elementos de la «leyenda» estaban, así, presentes desde el comienzo y los problemas a los que era preciso hacer frente se presentaban de manera capaz de inducir a buscar la solución más fácil y obvia, como era la que parecía haber dado resultados óptimos en Alemania y en Italia.

La segunda sorpresa fue la politización de las masas: la difusa voluntad de participar en la gestión de la vida política, la opción por no delegar una vez más y por no aceptar sin más las soluciones propuestas o impuestas desde arriba, llevaron a una inmediata respuesta política y «militar» de masas, que logró provocar el fracaso del golpe de esta-

1933) con poco más de un millar de afiliados (G. JACKSON: *Entre la reforma y la Revolución. La República y la Guerra Civil 1931-1939*, Barcelona, 1980, p. 120).

16. Era lógica la previsión de una «larga duración» desde el momento que, al menos sobre el papel, el 21 de julio ya había fracasado el golpe de estado, y existía a favor de la República una prevalencia de medios que la República, sin embargo, no supo emplear; cfr. A. GUILLEM: *El error militar de las «Izquierdas». Estrategia de la guerra revolucionaria*, Barcelona, 1980, pp. 9-10 y 186-198. Sobre la falta de cuadros intermedios en el ejército republicano, cfr. P. VILAR: *La guerra di Spagna*, op. cit., p. 48 y, más limitadamente, para un sector particular, A. DE LA VEGA BLASCO: «El cuerpo de maquinistas de la armada y la guerra civil», en *Revista internacional de sociología*, nº 38, 1981, pp. 235-252.

17. Sobre los caracteres generales de la mitificación como forma de propaganda en la Primera y en la Segunda Guerra Mundial, cfr. G. L. MOSSE: *Le guerre mondiale, dalla tragedia al mito dei caduti*, Roma-Bari, 1990 (las pp. 214-216 contienen amplias referencias a la guerra civil española).

18. Se trata de un documento alemán de diciembre de 1937, publicado por A. VIÑAS: *La Alemania nazi y el 18 de julio*, Madrid, 1977, 2ª ed., p. 324. Acerca de la leyenda del «complot» masónico-marxista (aceptada por numerosos estudiosos, por ejemplo Hugh Thomas), G. JACKSON: *La Repubblica spagnola e la guerra civile*, Milano, 1967, pp. 566-573. El «peligro masónico» y el judío llegaron a ser en Franco una verdadera obsesión maníaca que mantuvo toda su vida; cfr. J. BOOR [F. FRANCO]: *Masonería*, Madrid, 1952.

do en las grandes ciudades, derrotando a los militares profesionales¹⁹. En Madrid, igual que en Barcelona, la respuesta al golpe partió de las masas antes que del gobierno, ocupando el papel de un ejército republicano desaparecido de improviso, tal como escribió el propio Manuel Azaña:

«Los soldados abandonaron los cuarteles y casi todos se marcharon a sus casas. Bastantes se sumaron a las columnas de voluntarios que, con jefes improvisados y con escasos medios, iban a combatir en los frentes. Las pocas unidades que pudieron ser retenidas en los cuarteles, eran casi inútiles. La rebelión había relajado en todas partes la disciplina (...). El gobierno republicano dio armas al pueblo para defender los accesos a la capital. Se repartieron algunos miles de fusiles. Pero en Madrid mismo, y sobre todo en Barcelona, Valencia y otros puntos, las masas asaltaron los cuarteles y se llevaron las armas. En Barcelona ocuparon todos los establecimientos militares»²⁰.

Este «espontaneísmo» de las masas (que fue objeto de exaltación en los años siguientes y que se definió como una «sabia conciencia antifascista») fue indudablemente importante para dar una primera y fuerte respuesta, política y militar, a los generales rebeldes, aunque también, como recuerda el mismo Azaña, pusiera en crisis cualquier posibilidad de la República en orden a dar vida a una defensa organizada: dispersos los últimos restos de la máquina militar, los hombres y las mujeres encontraron puntos de referencia en los partidos y en los sindicatos, que se convirtieron así en elementos insoslayables de una nueva democracia que reclamaba para sí el derecho de elegir, de decidir y de dirigir²¹. Probablemente se pensaba, incluso por parte gubernamental, que derrotados los rebeldes en Madrid, Barcelona, Valencia y Bilbao —es decir, en la capital y en los principales centros urbanos del país— los generales rebeldes no insistirían en su propósito y cederían ante la evidente imposibilidad de alcanzar el objetivo que se habían marcado. Por otra parte, resulta claro que, sin la ayuda italiana y alemana, los rebeldes simplemente habrían mantenido por algún tiempo el control militar de ciertas zonas del país y habrían concluido la aventura con su rendición y la de sus tropas²², como, por otra parte, ya había acaecido en ocasiones históricas similares. Sin la presencia victoriosa del ejército de Franco, además, no se habrían producido aquellos momentos «espontáneos» de revuelta (que después fueron exaltados por el régimen), ni tampoco la reacción de aquel mundo católico que había padecido no poca represión y había sido objeto de violencias de no pequeño monto y que, en cualquier caso, se había inclinado inmediatamente hacia el bando de oposición contra la República²³.

19. Hubo una casi coincidencia entre las zonas en las que fracasó el alzamiento y aquéllas en las que el Frente Popular venció en las elecciones de febrero de 1936 (P. VILAR: *La guerra di Spagna*, op. cit., pp. 46-47).

20. Cfr. M. AZAÑA: *Causas de la guerra de España* [1939], Barcelona, 1986, p. 70. Por su parte, Camillo Berneri escribiría en noviembre de 1936: «Muchísimos de estos jóvenes se han enrolado en las milicias y otros muchos han solicitado ser enviados inmediatamente al frente. Su actitud es de desconfianza hacia la oficialidad y de aversión hacia el formalismo de la disciplina militar» (C. BERNERI: *Epistolario inédito*, II, Pistoia, 1984, p. 273).

21. *Ibid.*, pp. 70-71. También para el caso de Barcelona, cfr. el testimonio del periodista Jaume Miravittles recogido en H. M. ENZENSBERGER: *La breve estate dell'anarchia. Vita e morte de Buenaventura Durruti*, Milano, 1978, p. 131 (ed. original: Frankfurt del M., 1972).

22. S. ÁLVAREZ: *Los comisarios políticos en el Ejército Popular de la República. Aportaciones a la historia de la Guerra Civil (1936-1939). Testimonio y reflexión*, La Coruña, 1989, pp. 38-39.

23. Véanse a este respecto las observaciones del católico P. Laín Entralgo ante el incendio del convento de los jesuitas de la calle de la Flor, en Madrid, en mayo de 1931 (*Descargo de conciencia 1939-1960*,

3. Es en este complejo contexto español, que había visto surgir momentos de democracia y de participación popular en una Europa como la de los años treinta, dentro de la cual parecía, por el contrario, que se difundía cada vez más el número de gobiernos de tipo fascista (y esto sin que fueran obstaculizados realmente), donde cabe recordar la presencia del antifascismo italiano.

En 1931 el nacimiento de la República había despertado un cierto entusiasmo únicamente entre una minoría de los opositores al régimen de Mussolini en Italia, así como entre los antifascistas italianos que se encontraban exiliados²⁴. Los comunistas habían saludado el acontecimiento con un significativo título en primera página de «L'Unità»: *¡Abajo la República burguesa de España!*, mientras Ruggero Grieco escribía que no había «una diferencia sustancial entre el régimen de Mussolini y el que encarnaba el gobierno republicano provisional de Madrid»²⁵; la prensa fascista en Italia, especialmente durante el primer año de vida de la República, era propensa a juicios globalmente no negativos, viendo en el nuevo orden institucional óptimas posibilidades de mantener a España en el ámbito de una situación política «moderada»:

«Es probable que los comunistas –si osan echarse hacia delante– encontrarán en la República conservadora y burguesa las inmediatas y decisivas reacciones que en un régimen monárquico ni siquiera serían imaginables. Por inveterada costumbre, las repúblicas burguesas actúan más expeditivamente que las monarquías cuando se trata de defender el orden social constituido. Por lo cual, es oportuno poner rápidamente de relieve el carácter fundamental de esta nueva República, que es decididamente conservador».

«Los trabajos de la Constituyente llevan a pensar en una República laica y burguesa (...), moderada al máximo: y tal lo será, en definitiva, si no prevalecen las corrientes de izquierda, contenidas hasta el día de hoy»²⁶.

El giro español de 1933 y el inicio del «bienio negro», coincidente *grosso modo* con la llegada de Hitler a la Cancillería y con el afianzamiento del austrofascismo, pareció confirmar que también España seguía la línea política de derecha que estaba prevaleciendo en Europa, una tendencia que el octubre de 1934 –con su breve espacio de «esperanza revolucionaria» y la dura represión de Asturias y Cataluña– no hizo más que reforzar.

Barcelona, 1976, p. 101): era «oportuno un serio y amplio examen de conciencia ante la conducta religiosa de «su» pueblo, el pueblo que durante siglos ella [la Iglesia] había educado». Más en general, cfr. A. MONTERO MORENO: *Historia de la persecución religiosa en España. 1936-1039*, Madrid, 1961.

24. Cfr. L. CASALI: «L'opinione pubblica italiana di fronte alla Repubblica spagnola», en *Colloqui internazionali 2ª Repubblica Espanyola*. III, Tarragona, 1981, pp. 3 y ss.

25. R. GRIECO: «O i soviet o il fascismo», *L'Unità*, 25 de mayo de 1931.

26. G. M. SANGIORGI: «Repubblica borghese», *Il Resto del Carlino*, 15 de abril de 1931 (artículo de fondo); Idem, «Un Re al bando», *ibid.*, 25 de noviembre de 1931. Nos parece oportuno subrayar estas tomas de posición, expresadas por órganos «oficiosos» del régimen italiano, en cuanto que son diferentes de aquellas otras de carácter «reservado» (Mussolini y el propio Grandi se mostraron muy preocupados por el nacimiento de la República, pensando que tal acontecimiento llevaría a España a una alianza con Francia, de carácter anti-italiano), pero destinadas a condicionar o influenciar a la opinión pública italiana, justamente por el mismo hecho de ser publicadas y difundidas. Para las valoraciones más generales, cf. I. SAZ: *Mussolini contra la II República. Hostilidad, conspiraciones, intervención (1931-1936)*, Valencia, 1986, pp. 30-35.

Julio de 1936 fue así el momento que pareció abrir la oportunidad de modificar lo que parecía resultar el destino común de Europa, culminando una esperanza que la victoria electoral del Frente Popular había entreabierto inesperadamente en febrero. Haber impedido el golpe de estado gracias a la intervención popular y, pese a las contradicciones del gobierno, asumía un preciso significado incluso a nivel internacional: era posible bloquear el avance del «fascismo» y estaba quizá llegando finalmente el momento de una decisiva inversión de la tendencia, distinguible por el nacimiento de la unidad de acción multipartidaria contra la reacción²⁷.

Los antifascistas italianos se mostraron inmediatamente sensibles a estas cuestiones y parece que advirtieron muy pronto la importancia de cuanto estaba sucediendo en la Península Ibérica.

Ya en agosto de 1936, Pietro Nenni ponía de relieve la necesidad de una estrecha relación entre la «lucha antifascista» que se desarrollaba en España y un más amplio contexto internacional de esfuerzo por parar la marcha triunfante de los fascismos:

«La democracia y el proletariado del mundo entero son deudores, frente a la democracia y al proletariado españoles, por su defensa contra los atentados del fascismo internacional»²⁸.

Y en los mismos días, Emilio Lussu volvía a dirigir un llamamiento a los italianos sobre la «necesidad» de una mayor presencia activa en España; ya era tiempo de que cesaran las discusiones teóricas y de que se pasara a la acción concreta, mostrando al «mundo entero» que los italianos eran capaces también de defender la democracia con las armas en la mano, cosa que no habían sido capaces de hacer quince años antes, frente a las agresiones del escuadrismo. Ir a combatir a España, pues, no significaba «ir a hacer un favor» a los españoles, sino que para los italianos era una verdadera y propia necesidad «nacional»: «Es mayor nuestra necesidad de ir a España que la que la República española pueda tener de nosotros»²⁹. Conceptos que había manifestado también ocasionalmente Carlo Roselli, subrayando una «continuidad» entre la acción antifascista em-

27. Para el concepto de Frente Popular se deben tener presentes las observaciones de Marta Bizcarrondo, que distingue «entre frente popular como *fórmula política*, esto es, como gobierno de frente popular, y frente popular como *proceso histórico*, es decir, como respuesta concreta de las fuerzas de izquierda (...) a las acuciantes exigencias planteadas por la llegada de los fascismos» y que invita también a «no confundir el “frentepopulismo” con cualquier otro tipo de orientación unitaria antifascista», M. BIZCARRONDO: «La struttura del Fronte Popolare in Spagna, 1934-1936», en A. AGOSTI (dir.): *La stagioni dei fronti popolari*, Bologna 1989, pp. 217-218. Cfr. también R. VINYES: «¿Frentepopulismo» o Fronte Popolare? La repressione del 1934 e i movimenti sociali in Catalogna», *ibid.*, pp. 283 y ss.; finalmente, M. BIZCARRONDO: «Il partito comunista di Spagna e il Fronte Popolare: appunti storiografici», en *Dimensioni e problemi della ricerca storica*, n° 1, 1989, pp. 78 y ss.

28. P. NENNI: «La condizione della vittoria», en *Il Nuovo Avanti*, 29 de agosto de 1936. Pero más en general, cfr. E. SANTARELLI: *Pietro Nenni*, Torino, 1988, pp. 181 y ss.

29. «Al antifascismo italiano le falta una gloria revolucionaria. Si no queremos seguir arrullándonos en ilusiones literarias, debemos reconocer que no nos hemos sabido batir contra el fascismo (...). La pequeña vanguardia política de la emigración italiana debe sacrificarse generosamente y afrontar esta empresa. Así adquirirá una experiencia y un nombre en los campos de batalla», E. LUSSU: «La legione italiana in Spagna», en *Giustizia e Libertà*, 28 de agosto de 1936.

prendida por los italianos en España y la posibilidad de volver a llevar a Italia la democracia, mediante las armas:

«El antifascismo italiano se ha afirmado en España como una fuerza positiva, incluso militar, y como una gran fuerza. Se ha acabado la fábula de un fascismo que no se bate. Ya no hay lugar para la difamación de un proletariado italiano incapaz de reaccionar contra el fascismo (...). Nosotros no sólo no habíamos predicado la acción (...), sino que incluso la habíamos vivido. Millares de exiliados italianos han dejado trabajo, familia, costumbres enraizadas, a fin de ir a combatir al fascismo apenas se presentaba la ocasión, no aguardando siquiera la invitación o el permiso, incluso, a veces, forzando el permiso, arrebatándolo (...). Nosotros ya sabemos que existen miles de compañeros nuestros que han combatido y serán capaces de combatir, capaces técnicamente de operar con las armas más sofisticadas; que los encontraremos siempre en la lucha revolucionaria, hacia Italia, en Italia (...). Esta intervención armada de la emigración italiana en España tiende un puente, un nexo de unión con Italia, que ya no se romperá más»³⁰.

La guerra, pues, se politizó inmediatamente a través de la lectura que de ella hizo el antifascismo italiano, pero era efectivamente sobre la base de profundas y contrapuestas opciones políticas que los dos bandos combatieron en la guerra: el que deseaba continuar el experimento de la República «democrática y progresista» y el que lanzaba una «Cruzada de grandeza histórica» que buscaba sus puntos de referencia en los «Reyes Católicos, en Carlos V y en Felipe II; en aquella España unida para defender y extender en el mundo una idea universal y católica, un Imperio cristiano (...) a lo largo del trazado señalado por la tradición imperial y católica de los siglos XV-XVII (...) contra una España bastarda, afrancesada y europeizante»³¹. Además, si bien la guerra se abría como un «episodio español», en realidad estaba destinada a convertirse inmediatamente en una «pieza difícil de mover en el tablero» internacional³², no sólo porque constituiría el precedente más inmediato de la Segunda Guerra Mundial, sino también porque se convirtió rapidísimamente en un momento de la confrontación directa entre fascismo y antifascismo, entre el intento de expansión de las dictaduras (que proseguía desde 1922) y una cada vez más extendida voluntad de cambiar aquel sesgo.

Para los italianos que acudieron inmediatamente a combatir en España, no se planteó el problema que, como hemos visto, despierta hoy el interés del debate histórico-político: si los hombres de Franco eran «fascistas» en mayor o menor medida. Los hechos mostraban evidencias que impedían cualquier tipo de duda. No sólo los Camisas Negras de Mussolini y los Camisas Pardas hitlerianos estaban presentes e inclinados de parte de los «nacionales», sino que en el contexto internacional las diplomacias italiana y alemana aparecían al flanco de la España rebelde y en contra de la «España Legal»; pero era el «clima» que se respiraba en la España republicana, el que permitía reconocerla inmediatamente como «lugar democrático», como un país en el que se estaba experimentan-

30. C. ROSSELLI: *Discorso di Argenteuil* [1936], ahora en A. DAL-PONT-L. ZOCHI (dirs.): *Perché andammo in Spagna. Scritti di militanti antifascisti 1936-1939*, Roma 1966, pp. 56-57.

31. F. FRANCO: «Discorso per l'Unificazione» [18 aprile 1937], en F. FRANCO: *Parole del Caudillo. Discorsi, allocuzioni e proclami, messaggi, dichiarazioni alla stampa dall'Aprile 1937 al Settembre 1939*, Firenze, 1940, pp. 3-4.

32. D. AUBIER-M. TUÑÓN DE LARA: *Spagna*, Milano, 1960, p. 95.

do, bien que con dificultades y contradicciones, una real democracia dirigida a superar siglos de atraso y de marginación histórica de las masas populares. Un país, finalmente, en el que se volvían a proponer ideales y «sueños» que no se había logrado que fueran reales pocos años antes en otros lugares y en otros países, de México a la Alemania de Weimar³³.

«Si vencemos aquí, venceremos en todas partes».

Son las palabras que Ernest Hemingway puso en boca de Robert Jordan en las páginas finales de *¿Por quién doblan las campanas?* y con las cuales parecía querer «justificar» no sólo su decisión de participar en aquella guerra, sino también la posibilidad —hecha realidad para el protagonista de la novela— de morir por una causa que habría podido parecer extraña y lejana, pero que no era tal. Inclusive, estar allí era «un deber que cumplir», tras lo cual «todo andaría mucho mejor».

No se nos escapa que estas valoraciones representan evidentemente una simplificación del debate político, pero la guerra de España despertó (y no sólo en las filas de la emigración política) esperanzas y entusiasmos que indudablemente hoy no logramos comprender plenamente. El testimonio de Giuseppe Vergan reconstruye con una cierta dosis de retórica —o al menos así lo parece— un momento de aquel peculiar clima (que él sitúa en París). Merece la pena reproducirlo:

«La sala estaba excitada, electrizada. Los oradores se sucedían sobre el podio, continuamente interrumpidos por el coreo de eslóganes. Finalmente, tomó la palabra de nuevo André Marty. “Han sonado las doce —dijo—. ¿Estáis preparados para entrar en la lucha contra la injusticia y la violencia?” “sí”, fue la respuesta de la sala en todas las lenguas (...). Un escalofrío recorrió toda la sala. Yo no había visto antes una cosa parecida. Se elevaron en el ambiente las notas de la Internacional. Se cantó con entusiasmo el himno del proletariado, en cincuenta lenguas al mismo tiempo»³⁴.

Y tal entusiasmo se acompañaba siempre de la certeza de una rápida y definitiva victoria, una certeza que demasiado frecuentemente hizo descuidar o infravalorar las «reglas» de lo que, en cualquier caso, era una guerra. E hizo olvidar que se estaba combatiendo contra un ejército de «profesionales»:

«La certeza de restablecer inmediatamente y en toda su extensión el orden republicano (...). Arrollador entusiasmo que ha llevado al cumplimiento de actos indescriptibles de heroísmo individual (...). Recuerdo cuántas fatigas para poder convencer, al principio, de la necesidad de cavar, ya no digo trincheras, sino hoyos, zanjas (...). “Cabar trincheras es de derrotistas. No expresa confianza en nuestra rápida victoria”» [12 agosto 1936]³⁵.

33. Un testimonio entre otros: «Mi marido y yo fuimos a España a buscar lo que habíamos creído encontrar en Berlín en octubre de 1932: la voluntad de lucha de la clase obrera contra las fuerzas de la reacción que se estaban transformando en fascismo», M. ETCHEBEHERE: *La mia guerra di Spagna*, Milano, 1977, p. 8.

34. B. STEFFE (dir.): *Antifascisti dall'Istria, da Trieste, dall'Isontino e dal Friuli in Spagna*, Trieste, 1974, p. 45.

35. F. SCOTTI: «La guerra di Spagna», en *Fascismo e antifascismo. 1918-1948. Lezioni e testimonianze*, Milano, 1962, p. 385.

Un entusiasmo que, a su vez, no llevaba a olvidar que no era un juego lo que se estaba haciendo, que no se «jugaba a la revolución» y que aquéllos no eran momentos para experimentar soluciones demasiado audaces e insólitas. Todos los grupos políticos veían claramente que antes de nada estaba la exigencia de vencer en la guerra y de derrotar a Franco junto con sus aliados fascistas de Europa, tal como escribía el 14 de abril de 1937 Camillo Berneri en una carta dirigida a Federica Montsey:

«El dilema: guerra o revolución, ya no tiene sentido. El dilema es uno solo: o la victoria sobre Franco en una guerra revolucionaria, o la derrota»³⁶.

Es ésta una situación sobre la que, además, se han desarrollado no pocas discusiones (históricas y políticas), partiendo justamente de los testimonios que dejaron muchos de los italianos que tomaron parte en aquellas vicisitudes y que desde 1937 comenzaron a publicarse y a circular³⁷.

Pero, prescindiendo de tales debates, lo que cuenta sobre todo es que se trató en cada caso de una elección importante para aquel momento específico y para «después», por la señal que supo dar para un rebrote del antifascismo y del nacimiento de una unidad de acción después de tantos años de separación y de contraposición entre partidos y movimientos, pero también porque, como sugirieron inmediatamente Lussu y Rosselli y ha verificado después Pietro Secchia, de aquellos hombres y de aquellos acontecimientos partieron las propias raíces políticas y militares de la Resistencia armada italiana después del 18 de septiembre de 1943³⁸.

4. La documentación relativa a la participación de los italianos en la guerra civil española está aún muy lejos de ser exhaustiva, incluso por lo que concierne a la reconstrucción del elenco de cuantos tomaron parte en ella, entre 1936 y 1939, por lo que se refiere al debate político y por lo que tiene que ver con las batallas³⁹.

Por otra parte, si se ha dedicado no poco espacio y no pocos libros al debate en el interior de la izquierda y a la confrontación político-ideológica entre marxistas y anarquistas, son mucho menos numerosas las investigaciones relativas a las profundas raíces

36. C. BERNERI: *Pensieri e battaglie*, Parigi, 1938, pp. 294-295.

37. Se trata de un grupo de ochenta protagonistas, entre dirigentes político-militares y simples combatientes, que han querido o sabido transmitirnos su experiencia, incluso con intencionados «olvidos» e «interpretaciones» que tienden a dirigir los acontecimientos en una línea un poco forzada: en cualquier caso, un conjunto de páginas y materiales que de por sí representan un testimonio (a posteriori) del valor que se supo dar a aquellas vicisitudes. Véase un elenco casi completo en N. TORCELLAN: *Gli italiani in Spagna. Bibliografia della guerra civile spagnola*, Milano, 1988, pp. 59 y ss. y las adaptaciones publicadas en *Spagna Contemporanea*, n° 1, 1992. Por lo que atañe al valor testimonial y documental de este tipo de memorialística, cfr. lo que hemos escrito en «L'immagine de la Catalogne dans les mémoires des combattants italiens», en *La guerra i la revolució a Catalunya. II Col.loqui internacional sobre la guerra civil espanyola*, Barcelona, 1986, pp. 31-50 y en «La memoria ambigua. Guerra e rivoluzione in Catalogna negli scritti degli italiani», en *Italia Contemporanea*, n° 166, 1987, pp. 27-43.

38. Cfr. el elenco de los partisanos italianos con antecedentes «españoles», en P. SECCHIA: «Il Partito Comunista Italiano e la Guerra di Liberazione. 1943-1945. Ricordi, documenti inediti e testimonianze», Istituto Giangiacomo Feltrinelli, *Annali*, XIII, 1971, pp. 1066 y ss.

39. Sobre todo por lo que se refiere a la componente libertaria, para la cual cfr. las observaciones de C. VENZA en U. TOMMASINI: *L'anarchico triestino*, Milano, 1984.

de la crisis de la República, a la formación de aquellos miles de arroyos de la derecha (católica, monárquica, económica, militar...) que confluyeron en la formación, en abril de 1937, de *Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista* y que, en los cuarenta años sucesivos, forjaron las bases del régimen franquista⁴⁰. Pero también sobre estos problemas la contribución italiana resultó decisiva, tanto por lo que se refiere a la ideología de la derecha, como por lo que concierne a la de la izquierda. Y, sobre todo en este último caso, se trató de una relación dialéctica en la que quizá merecería la pena profundizar más de lo que hasta hoy se ha hecho, y particularmente, aunque no de manera exclusiva, en relación a los más destacados protagonistas italianos de aquella coyuntura.

Varias veces más, en años sucesivos, Pietro Nenni manifestó que la experiencia española había representado en su vida «el período más bello de la lucha antifascista»⁴¹. Incluso si, partiendo de aquella experiencia, las reflexiones teóricas se hicieron no tanto al calor de los acontecimientos sino más bien con la ayuda del paso del tiempo, lo cierto es que contribuyeron, con todo, a la batalla que Nenni dirigió en su partido y en la Internacional Socialista a favor de un «sistema de seguridad colectiva» y de unidad de acción, que fueron los elementos centrales del trienio posterior y que fueron retomados, parcialmente, en 1958⁴².

Palmiro Togliatti siguió de cerca las «cosas de España» durante muchos años, mucho antes incluso de su llegada allí a fines de julio de 1937. Son igualmente conocidas tanto su contribución a la solución de los problemas políticos que encontró en la Península Ibérica, como la enseñanza que obtuvo, en función de las «cosas» de Italia⁴³. Menos estudiado ha sido lo aportado y lo recibido por otros italianos que estuvieron presentes en España, aunque no necesariamente en un nivel de dirección comparable.

Por cuanto atañe a Italia, los acontecimientos españoles tuvieron siempre un reflejo mucho mayor, desde el momento que comenzaron a resquebrajar profundamente el consenso de masas con respecto al régimen fascista e indujeron, en muchos casos, a inclinarse, incluso abiertamente, a posiciones críticas frente a algunas de las opciones efectuadas por el fascismo⁴⁴. Creemos que es oportuno seguir profundizando en este terreno, no sólo para identificar las raíces de un antifascismo mucho más complejo, ciertamente, de cuanto hasta hoy se ha establecido, sino además para verificar los diversos caminos que, a nivel popular, llevaron a elegir la disidencia, antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial.

40. Cfr. sobre todo las observaciones de P. PRESTON: *Las derechas españolas en el siglo XX: autoritarismo, fascismo y golpismo*, Madrid, 1986; J. JIMÉNEZ CAMPO: *El fascismo en la crisis de la Segunda República*, Madrid, 1979 y R. MORODO: *Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española*, Madrid, 1985 (nueva edición).

41. E. SANTARELLI: *Pietro Nenni*, op. cit., p. 195.

42. Ibid., pp. 196-199.

43. Cfr. las nuevas relaciones de España (1937-1939) recogidas en P. TOGLIATTI: *Opere, IV/1:1935-1944*, F. ANDREUCCI y P. SPRIANO (dirs.), Roma, 1979, pp. 253-403 y más en general P. SPRIANO: *Storia del Partito Comunista Italiano. 5: I fronti popolari. Stalin, la guerra*, Torino-Roma, 1990.

44. L. CASALI: «"Chi sono i nemici del popolo?". La guerra civile spagnola nella stampa antifascista», en *Rassegna di storia*, mayo 1987, pp. 113-140.

España fue, sin ningún género de dudas, uno de los elementos que intervinieron en ello y en torno a los «españoles», tras el 8 de septiembre de 1943, se organizaron las primeras agrupaciones de guerrilleros, no sólo porque aquellos tenían una experiencia militar y un mayor conocimiento político, sino también porque los «españoles» se habían convertido en un mito popular, de tal manera que, todavía algunos años después, tras el final de la Resistencia, la «España en el corazón», el sueño de la aventura antifascista en aquellas tierras, representó un inexcusable punto de referencia.